Resuelve tu problema con un guiño

Las cajas de la mudanza ya se han empadronado

Cómo desembalar la casa por etapas y recuperar habitaciones funcionales



Max Paradox

Las cajas de la mudanza ya se han empadronado

Cómo desembalar la casa por etapas y recuperar habitaciones funcionales

Max Paradox

Rozwiąż swój problem z przymrużeniem oka

ISBN: 9788384907177

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 5

Capítulo 1 - La casa está llena de cosas, pero ¿se puede vivir en ella? 11

Capítulo 2 - ¿Por qué desembalar se convierte en un proyecto interminable? 20

Capítulo 3 - Los errores más frecuentes que hacen que desembalar lleve el doble de tiempo 31

Capítulo 4 - Las cosas han llegado, pero ¿de verdad tienen que quedarse todas? 46

Capítulo 5 - Antes de abrir otra caja, prepara el espacio de trabajo 59

Capítulo 6 - Cómo evitar que el desembalaje se apodere de toda tu vida 71

Capítulo 7 - Deja de luchar contra la vivienda. Elimina los obstáculos que impiden avanzar 83

Capítulo 8 - La provisionalidad que dura años. Cómo romper el círculo vicioso de posponer el desembalaje 95

Capítulo 9 - Un plan de desembalaje que realmente funciona. ¿Por dónde empezar y en qué orden avanzar? 109

Capítulo 10 - Desembala con inteligencia, no solo con rapidez. Un sistema para organizar tus pertenencias y ahorrar tiempo 121

Capítulo 11 - Una cocina que por fin funciona. Cómo desembalar y organizar las zonas más importantes 136

Capítulo 12 - Un dormitorio y un vestidor sin caos. Cómo recuperar el espacio para descansar y organizar la ropa.....146

Capítulo 13 - El salón, el recibidor y el centro de operaciones doméstico. Cómo organizar los espacios comunes para que todos puedan utilizarlos..... 161

Capítulo 14 - El baño, la lavandería y el espacio de servicio doméstico. Cómo organizar las zonas que deben funcionar todos los días 174

Capítulo 15 - Cuando la mudanza no sale según lo previsto. Cómo afrontar retrasos, imprevistos y el caos doméstico 188

Capítulo 16 - Un piso pequeño, una gran mudanza. Cómo desembalar cuando faltan espacio, tiempo y dinero.....200

Capítulo 17 - Cuando todo se complica. Cómo recuperar el control del desembalaje después de un intento fallido 213

Capítulo 18 - Cómo mantener el orden cuando la mudanza deja de ser el acontecimiento principal del día 226

Capítulo 19 - Las últimas cajas y las últimas decisiones. Cómo terminar la mudanza sin reorganizarlo todo eternamente 243

Capítulo 20 - Una vivienda recuperada, una tranquilidad recuperada. Cómo gestionar tu espacio de forma autónoma en el futuro 254

INTRO

La mudanza ha terminado oficialmente. Las llaves encajan en la cerradura, la dirección ya está cambiada, los muebles se encuentran más o menos donde deberían estar e incluso es posible dejar una taza de café sobre la mesa. Solo hay un pequeño detalle: en la vivienda hay varias decenas de cajas que parecen tener intención de quedarse para siempre. Algunas están etiquetadas. Otras llevan inscripciones misteriosas como «varios», «importante» o «cocina - creo». Y otras no tienen ninguna indicación, porque durante el embalaje alguien decidió que las generaciones futuras seguramente apreciarían el elemento sorpresa.

El primer día después de una mudanza solemos tener grandes planes. Durante el fin de semana todo estará desembalado, la ropa ocupará su sitio en los armarios, la cocina volverá a funcionar, el baño recuperará su dignidad y el salón tendrá aspecto de lugar donde vivir, no de almacén de una empresa de transportes. En nuestra cabeza aparece una preciosa imagen de una vivienda ordenada en la que cada objeto tiene su lugar. Después abrimos la primera caja y encontramos tres cargadores, dos manteles, el manual de un aparato que ya no existe y un misterioso cable que probablemente sea importante, aunque nadie sabe por qué. Una hora más tarde estamos sentados en el suelo, examinando el contenido y preguntándonos si no sería más sencillo comprar una vida nueva junto con el mobiliario.

Ese es precisamente el momento en el que muchas personas empiezan a perder la batalla contra el desembalaje. No porque sean torpes, perezosas o incapaces de mantener el orden. El problema es que una

mudanza crea una situación especialmente incómoda: todas nuestras pertenencias están presentes al mismo tiempo, pero ninguna se encuentra donde debería. El objeto que necesitamos puede estar en cualquier caja, y esa caja puede encontrarse detrás de un armario, debajo de una mesa, en el recibidor o en una habitación a la que no es posible entrar sin realizar varias maniobras de precisión dignas de aparcar un camión en un patio estrecho.

Además, desembalar no es una única tarea. Es una sucesión de decisiones. Hay que decidir qué sacar, dónde colocarlo, si realmente necesitamos conservarlo, si encaja en la nueva vivienda y si existe algún sitio adecuado para él. Cada una de estas decisiones consume tiempo y energía. Después de varias decenas de elecciones similares, incluso una persona con las mejores intenciones empieza a dejar una caja para más tarde. Y resulta que «más tarde» es una fecha con una definición extraordinariamente flexible.

Lo más engañoso es que una vivienda puede parecer casi terminada cuando, en realidad, todavía no funciona. En la cocina faltan algunas cosas básicas, así que preparar una comida normal exige una expedición arqueológica. En el dormitorio no hay espacio libre para la ropa porque el armario está lleno de objetos que todavía no se han clasificado. El salón desempeña simultáneamente las funciones de almacén, centro de clasificación y puesto de mando provisional. El recibidor, por su parte, parece una terminal de mercancías en la que cada habitante debe demostrar sus habilidades para superar obstáculos.

Por supuesto, podemos intentar desembalarlo todo en orden, desde la primera caja hasta la última. Parece una solución justa y lógica. Por desgracia, una vivienda no funciona siguiendo la numeración de las cajas. No

necesitamos tener primero todas las decoraciones, los libros y las toallas de repuesto para poder vivir con normalidad. Necesitamos un lugar donde dormir, la posibilidad de preparar comida, acceso a nuestra ropa, un baño funcional y un espacio donde sentarnos sin tener que desplazar tres cajas. Solo cuando estas necesidades básicas están cubiertas podemos ocuparnos tranquilamente del resto.

Por eso merece la pena cambiar nuestra manera de entender el desembalaje. El objetivo no consiste en vaciar todas las cajas lo más rápido posible. El objetivo es recuperar progresivamente la vivienda. Y la diferencia es importante. Podemos vaciar diez cajas y seguir sin tener dónde comer tranquilamente. También podemos desembalar tres cajas bien elegidas, organizar la cocina, preparar un lugar adecuado para dormir y recuperar un espacio de descanso. En el segundo caso, el progreso se nota mucho más, aunque las demás cajas sigan esperando pacientemente su turno.

Esto no significa que debamos elaborar inmediatamente un plan perfecto, comprar un conjunto de recipientes, etiquetas y organizadores y dedicar cada hora libre a ejecutar un proyecto de logística doméstica. Al contrario. Cuanto más complicado sea el sistema de desembalaje, mayor será el riesgo de que se convierta en otra tarea que nadie tiene ganas de empezar. Una buena solución debe ser lo bastante sencilla como para poder utilizarla también después de un día agotador, cuando lo último que nos apetece es tomar decisiones estratégicas sobre el contenido de una caja etiquetada como «salón».

En este libro trataremos la vivienda como un espacio que debemos devolver gradualmente a su uso cotidiano. Empezaremos por reconocer la situación: qué es lo que

realmente nos molesta, qué habitaciones son prioritarias y por qué algunos intentos de desembalar generan muchísimo trabajo, pero muy pocos resultados visibles. También examinaremos las cosas que complican innecesariamente todo el proceso, desde trasladar objetos de una habitación a otra sin pensarlo hasta conservarlo absolutamente todo por si acaso. Porque si durante la mudanza has transportado tres alargadores cuyo uso desconoces, no necesitas crear ahora un departamento independiente para gestionarlos.

Veremos cómo establecer el orden de las tareas, organizar las habitaciones, recuperar espacio y tomar decisiones razonables sobre nuestras pertenencias. No solo importará qué sacamos de una caja, sino también dónde lo colocamos para no tener que repetir el mismo trabajo unos días después. Aprenderemos a desembalar por etapas, dividir las tareas grandes en partes manejables y afrontar las situaciones en las que hay más objetos que espacio disponible. No vamos a fingir que todas las viviendas tienen armarios diseñados a la perfección, superficies ilimitadas y habitantes con tardes libres durante las dos semanas siguientes.

También será importante evitar que el desembalaje se convierta en un concurso familiar para determinar quién tiene más culpa. Cada persona puede tener una idea diferente sobre dónde colocar las cosas, un ritmo de trabajo distinto y su propio apego a determinados objetos. Alguien quiere organizar inmediatamente la cocina, otra persona considera que lo más importante son los libros y una tercera está convencida de que la vivienda no puede considerarse habitada hasta que las decoraciones estén perfectamente colocadas. Compartir un espacio exige llegar a acuerdos, pero no todas las decisiones necesitan convertirse en

negociaciones de varias horas. A veces basta con determinar qué necesitamos ahora, qué puede esperar y quién se responsabiliza de una parte concreta del trabajo.

Tampoco suponemos que todo saldrá según lo previsto. Puedes enfermar, volver al trabajo, tener otras obligaciones o, sencillamente, perder la paciencia ante la visión de las cajas. Algunos muebles quizá no encajen en la nueva distribución, parte de nuestras pertenencias resultará innecesaria y la compra del equipamiento adecuado tendrá que esperar a un momento económicamente más favorable. Son limitaciones normales, no una prueba de que la mudanza haya terminado en un desastre organizativo. La vivienda no tiene que estar completamente preparada en un solo fin de semana para que puedas vivir bien en ella.

Hay otra cosa que resulta fácil olvidar: después de una mudanza tienes derecho a descansar. No tienes que ganarte una tarde con un libro, una película o una cena tranquila vaciando un número determinado de cajas. Si cada día tratas toda la vivienda como una obligación pendiente, pronto dejarás de disfrutar del nuevo lugar. Merece la pena reservar al menos una parte del espacio para la vida normal, en lugar de convertir cada rincón en un recordatorio permanente del trabajo que todavía queda por hacer.

Imagina, entonces, que un día vuelves a casa y ya no tienes que mover cajas para llegar a la cocina. Puedes abrir el armario sin correr el riesgo de que algo se caiga, encontrar lo que necesitas sin registrar todas las pertenencias de la mudanza y sentarte en un salón que vuelve a ser un salón. Quizá todavía queden algunas cajas en un rincón. Puede que haya una estantería esperando a ser montada y que las decoraciones aún no tengan su ubicación definitiva. No pasa nada. Ya no es una vivienda

dominada por la mudanza. Es una vivienda que empieza a pertenecerte de verdad.

Las cajas pueden quedarse un poco más. Al fin y al cabo, no tienen hipoteca, facturas ni obligación de limpiar lo que ensucian. Tú, en cambio, tienes derecho a recuperar tus habitaciones, tu tiempo y la comodidad de cada día. Empezaremos por lo que realmente importa.

Capítulo 1 - La casa está llena de cosas, pero ¿se puede vivir en ella?

La primera semana después de una mudanza puede ser una experiencia bastante extraña. Ya vives en una nueva dirección, conoces el camino hasta la tienda más cercana, sabes qué llave abre la puerta de entrada e incluso has empezado a acostumbrarte a los ruidos que hacen los vecinos. Sin embargo, las actividades más normales siguen exigiendo un esfuerzo desproporcionado. Para preparar el desayuno necesitas encontrar una sartén. Para encontrarla tienes que abrir dos cajas. Para abrir la segunda tienes que mover la primera. Y para mover la primera necesitas averiguar antes si la bolsa que hay encima contiene cosas que necesitas o cosas que alguien metió dentro cuando la mudanza dejó de ser un acontecimiento y empezó a parecerse a un experimento sobre la resistencia humana.

En una situación así, resulta fácil concluir que la casa simplemente está desordenada. Sin embargo, ese diagnóstico es demasiado general. El desorden después de una mudanza tiene características propias. No se debe únicamente a que las cosas estén fuera de su sitio. Se debe, sobre todo, a que todavía no sabemos con certeza cuáles serán esos sitios y a que parte del espacio está ocupado por objetos que aún esperan una decisión. En un desorden corriente, al menos solemos tener una idea aproximada de dónde se encuentra la mayoría de nuestras pertenencias. Después de una mudanza, incluso alguien que vive contigo puede mirar una caja sin saber si su contenido es necesario para la vida cotidiana o si constituye un archivo de decisiones tomadas apresuradamente.

Por eso, la primera tarea no debería ser desembalarlo todo inmediatamente. Antes de empezar a trasladar el contenido de las cajas, conviene establecer qué significa realmente que una vivienda sea funcional. Esto permite distinguir el progreso auténtico de una actividad que simplemente parece impresionante. Vaciar cinco cajas puede proporcionar cierta satisfacción, pero si todo su contenido termina en el suelo y la cocina sigue sin servir para preparar una comida, difícilmente podemos hablar de haber recuperado espacio. En cambio, ordenar un armario, preparar un lugar para dormir y despejar el paso del recibidor puede transformar mucho más nuestra vida cotidiana que pasar un día entero cambiando objetos de sitio.

En lugar de contar cajas, comprueba cómo funciona la vivienda

La pregunta más importante es: ¿qué actividades puedes realizar ya con normalidad y cuáles siguen exigiendo búsquedas, desplazamientos de objetos o soluciones improvisadas? La respuesta será mucho más útil que saber que todavía quedan veintitrés cajas. El número de embalajes no indica si tienes dónde dormir, si puedes preparar una comida o si eres capaz de desplazarte libremente de una habitación a otra.

Recorre la vivienda y observa cada estancia desde el punto de vista de su función principal. Por ahora, no evalúes la estética, las decoraciones ni si todas las cosas están perfectamente colocadas. Pregúntate si cada habitación cumple su cometido. El dormitorio debe permitir descansar cómodamente y acceder a la ropa más necesaria. La cocina debe servir para preparar algo de comer, lavar los platos y encontrar el equipamiento básico. El baño debe ofrecer

acceso cómodo a los productos de higiene, las toallas y los artículos de uso personal. El salón debería proporcionar un lugar para sentarse y pasar el tiempo con normalidad, aunque todavía no hayas terminado de organizar la biblioteca.

Presta atención a la diferencia entre una habitación inacabada y una habitación que no funciona. Un salón inacabado puede tener varias cajas junto a la pared, pero si puedes utilizar el sofá, la mesa auxiliar y los espacios de paso, su función básica ya está recuperada. Un salón que no funciona, en cambio, puede parecer casi vacío y, sin embargo, no ofrecer ninguna posibilidad de descansar porque el sofá está cubierto de bolsas y el único asiento disponible es una silla prestada de la cocina. Desde el punto de vista de la vida cotidiana, la segunda situación es mucho más problemática.

En cada habitación comprueba tres aspectos: accesibilidad, utilidad y seguridad. La accesibilidad significa que puedes entrar, salir y llegar hasta los objetos necesarios sin tener que desplazar toda una estructura de cajas. La utilidad significa que el espacio permite realizar las actividades para las que está destinado. La seguridad incluye, entre otras cosas, colocar de forma estable los objetos pesados, mantener despejados los pasos y evitar que haya cosas con las que puedas tropezar. Esto es especialmente importante en las zonas por las que caminas a oscuras y en los lugares donde necesitas transportar recipientes calientes, agua u otros objetos que requieren libertad de movimiento.

No necesitas elaborar una documentación complicada. Basta con una hoja de papel, una nota en el teléfono o un recorrido por la vivienda acompañado de unas breves

observaciones. Para cada habitación, anota qué funciona ya, qué obstáculo resulta más molesto y cuál es el problema concreto que merece la pena solucionar primero. Escribir «cocina - no puedo acceder a las ollas» es mucho mejor que escribir «cocina - desastre». La primera anotación señala una acción que puedes realizar. La segunda se limita a describir el estado de ánimo de alguien que acaba de descubrir que todas las cucharas se encuentran en un lugar desconocido.

Un mapa de necesidades en lugar de un mapa del orden perfecto

Una vez que sabes qué habitaciones necesitan atención, puedes establecer el orden de trabajo. El error más habitual consiste en suponer que hay que empezar por la habitación donde se acumulan más cajas. Es tentador porque una gran cantidad de embalajes atrae la mirada y provoca una sensación de urgencia. Sin embargo, la mayor concentración de objetos no siempre representa el mayor problema. En una habitación puede haber quince cajas de libros que no necesitas para desenvolverte a diario. En otra, una sola caja colocada delante de un armario puede impedir que utilices la cocina.

El orden de las tareas debería depender del impacto que cada problema tiene en la vida de quienes habitan la vivienda. Primero ocúpate de lo que dificulta las actividades cotidianas, ocupa un espacio imprescindible o supone algún riesgo. Después puedes pasar a las cosas que molestan principalmente desde el punto de vista visual. Esto no significa que la estética carezca de importancia. Ver cajas por todas partes puede resultar agotador, sobre todo cuando imaginabas la nueva vivienda como un comienzo

agradable. Sin embargo, el orden decorativo no sustituye a una cocina funcional ni a un lugar cómodo para dormir.

Puede resultar útil dividir las necesidades en tres niveles. El primero incluye lo imprescindible para la vida diaria: dormir, mantener la higiene, preparar comidas, vestirse y desplazarse por la vivienda. El segundo se refiere a la comodidad: disponer de un lugar para descansar, acceder a los objetos que utilizas con frecuencia y poder realizar las tareas cotidianas sin tener que buscarlo todo constantemente. El tercero comprende los acabados y la estética: las decoraciones, el equipamiento adicional, las colecciones ordenadas, los libros colocados según un sistema personal y los objetos que dan a la vivienda un carácter propio.

Este orden no es una ley universal. Si trabajas desde casa y necesitas un espacio funcional para cumplir con tus obligaciones, prepararlo puede ser tan urgente como organizar el dormitorio. Si hay niños pequeños en la vivienda, será especialmente importante garantizar un espacio seguro para desplazarse y guardar fuera de su alcance determinados objetos. Si alguno de los habitantes tiene movilidad reducida, mantener los pasillos despejados y distribuir adecuadamente el mobiliario puede tener prioridad sobre muchas otras tareas. Lo importante es la situación real de las personas que viven allí, no el orden de las habitaciones que aparece en una guía elegida al azar.

Imagina una vivienda en la que la cocina está casi lista, el dormitorio funciona y el salón todavía parece un almacén. Puedes empezar por el salón porque es donde hay más cajas. Pero también puedes darte cuenta de que los habitantes no tienen dónde sentarse cómodamente por la noche. Si la falta de un lugar para descansar empieza a

afectar a la vida cotidiana, el salón se convierte en una prioridad. Eso no significa que debas desembalar inmediatamente todo su contenido. Basta con recuperar el acceso al sofá, a la mesa y al espacio de paso, y reunir temporalmente las cajas restantes en un lugar seguro. La habitación empieza a funcionar aunque todavía no esté terminada.

Una habitación no tiene que estar terminada para estar recuperada

Conviene aceptar que cada habitación puede pasar por varias etapas de funcionalidad. Primero debe ser accesible, después útil, luego cómoda y, finalmente, puede quedar organizada tal como la habías imaginado. De este modo, no tienes que esperar a conseguir un resultado perfecto para notar una mejora.

En la práctica, puedes considerar que la cocina es suficientemente funcional cuando tienes acceso a los platos básicos, los cubiertos, una olla, una sartén, una tabla de cortar y los productos que utilizas con mayor frecuencia. No necesitas desembalar al mismo tiempo todos los moldes, los platos adicionales, los aparatos que utilizas dos veces al año y el juego completo de recipientes que durante los últimos meses parecía vivir en un universo paralelo. Del mismo modo, el dormitorio no necesita tener toda la ropa perfectamente ordenada desde el primer momento. Primero necesitas un lugar para dormir, acceso a las prendas que utilizas habitualmente y espacio suficiente para moverte con libertad.

Una forma práctica de avanzar consiste en establecer para cada habitación un criterio visible que indique cuándo se ha completado su primera etapa. Puede ser la posibilidad de preparar una comida sencilla sin buscar el equipamiento,

entrar libremente en el armario, acceder a la cama por los lados necesarios o recuperar un lugar para sentarse. El criterio debe describir una actividad que puedas realizar, no una impresión general de orden. «El salón está listo» es una idea imprecisa. «Podemos sentarnos en el sofá, llegar hasta la ventana y utilizar la mesa» ya describe un resultado concreto.

No intentes llevar todas las habitaciones al mismo nivel de organización al mismo tiempo. Este planteamiento suele acabar en una situación en la que se ha trabajado un poco en cada estancia, pero en ninguna se aprecia una mejora clara. Las cajas están abiertas, los objetos repartidos, las estanterías parcialmente llenas y la vivienda sigue obligándote a esquivar obstáculos constantemente. Es mucho mejor conseguir que una habitación alcance un nivel en el que puedas utilizarla con normalidad y después dirigir la atención a la siguiente.

Por supuesto, no siempre es posible trabajar exclusivamente en un espacio. A veces tendrás que sacar de una caja un objeto que pertenece a otra habitación o mover algún elemento para acceder a un armario. Lo importante es evitar que esas acciones desencadenen una circulación incontrolada de pertenencias. Si mientras ordenas la cocina encuentras un libro, no tienes que llevarlo inmediatamente al salón y empezar a organizar la estantería. Déjalo en el lugar que hayas preparado para los objetos destinados a otras habitaciones. Volverás a él cuando te ocupes del espacio correspondiente.

La mudanza tiene sus exigencias y tú también tienes tus límites

Uno de los elementos más importantes de la planificación consiste en tener en cuenta el tiempo y la energía

disponibles. Muchos planes de desembalaje se crean en la imaginación de alguien que todavía no ha empezado a trabajar. En esa imaginación, el sábado está completamente libre, todos los habitantes tienen un humor excelente y las cajas se abren prácticamente solas. La realidad puede ser muy diferente. Alguien trabaja, otra persona tiene que hacer la compra, hay que resolver trámites, recoger un paquete, preparar la comida y encontrar un momento para descansar. No tiene sentido crear un plan que exige una disponibilidad de la que sencillamente no dispones.

Piensa cuánto tiempo puedes dedicar realmente al desembalaje durante un día normal y cuánto durante una jornada libre. No planifiques cada hora disponible. Deja espacio para las obligaciones imprevistas y para recuperarte. Si dispones de una hora, puedes dedicarla a ordenar un cajón, desembalar el equipamiento básico o eliminar los obstáculos que impiden acceder a un mueble. No tienes que terminar toda una habitación en ese tiempo. Un trabajo bien realizado y de alcance limitado vale más que empezar varias tareas que no tendrás tiempo de completar.

Si vives con otras personas, ten en cuenta sus necesidades y posibilidades. No des por hecho que todo el mundo trabajará al mismo ritmo. Alguien puede tener más tiempo disponible, pero menos capacidad para transportar objetos pesados. Otra persona puede tomar decisiones con rapidez, pero no tener la posibilidad de ocuparse del desembalaje durante la semana. El plan común debería basarse en un reparto realista de las tareas, no en la suposición de que todos los habitantes disponen de las mismas horas libres y tienen idéntica tolerancia a la presencia de plástico de burbujas.

Al terminar esta primera evaluación, elige una habitación por la que empezarás a trabajar de verdad. No tiene por qué ser aquella en la que hay más cajas. Escoge la que pueda proporcionar una mejora más perceptible en la vida cotidiana. Anota qué debe cambiar, qué obstáculos hay que eliminar y qué resultado indicará que la primera etapa está terminada. Después deja tranquilas las demás habitaciones, siempre que no necesiten una intervención urgente por motivos de seguridad o necesidades básicas.

Puede parecer un paso pequeño si lo comparas con toda la vivienda. Sin embargo, después de una mudanza, precisamente estos pasos tienen el mayor valor. Todavía no necesitas una casa perfecta. Necesitas un lugar donde puedas desenvolverte con normalidad, descansar y encontrar tus cosas sin organizar una expedición de investigación. Cuando la vivienda empiece a recuperar sus funciones esenciales, el desembalaje dejará de parecer una montaña abstracta de trabajo. Se convertirá en un conjunto de tareas concretas que puedes realizar siguiendo un orden razonable.

Capítulo 2 - ¿Por qué desembalar se convierte en un proyecto interminable?

Existe una forma muy particular de cansancio que aparece durante el desembalaje. No tiene por qué estar relacionada con cargar cajas pesadas o mover muebles. A veces basta con abrir un solo embalaje para que, unos minutos después, sientas que acabas de aceptar el puesto de director de una empresa extremadamente compleja cuya actividad consiste en trasladar objetos de un lugar a otro. Cada cosa exige una decisión, cada decisión plantea una nueva pregunta y cada intento de poner orden genera más objetos sobre el suelo.

Empiezas con una caja que lleva escrito «dormitorio». Dentro encuentras ropa de cama, varios libros, un alargador, un neceser, un marco de fotos y tres pequeños objetos cuyo uso ya no recuerdas. La ropa de cama debería ir al armario, pero el armario todavía está parcialmente ocupado por prendas. Los libros pertenecen al salón, aunque la estantería aún no está preparada. El alargador podría servir en la cocina y el marco necesita encontrar un lugar adecuado. El neceser debería ir al baño, donde precisamente se están ordenando otras cosas. Diez minutos después, el contenido de la caja está repartido por cinco lugares diferentes y la propia caja sigue sin estar vacía.

Así nace una de las mayores paradojas del desembalaje: puedes trabajar intensamente durante todo el día y, al llegar la noche, tener la impresión de que la vivienda está peor que por la mañana. No siempre se debe a que hayas hecho poco esfuerzo. A menudo, el problema está en la forma de organizar el trabajo. El desembalaje es un proceso en el que

una acción desencadena otras y un orden mal pensado provoca que, en lugar de cerrar tareas, estés abriendo constantemente otras nuevas.

Para interrumpir este mecanismo, necesitas comprender por qué resulta tan fácil caer en él. Entonces dejarás de interpretar cada dificultad como una prueba de que no sabes organizarte. Verás que muchos obstáculos proceden de errores previsibles que puedes reducir.

Una caja no es una tarea terminada de antemano

El mayor problema suele empezar en el propio momento de hacer las cajas. Durante una mudanza, los objetos terminan en los embalajes según el espacio disponible, el ritmo de trabajo y las circunstancias. Cuando el tiempo se acaba, proteger las pertenencias se vuelve más importante que clasificarlas perfectamente. Por eso, una misma caja puede acabar conteniendo objetos de diferentes cajones, estanterías y habitaciones. Durante el embalaje, esta solución puede resultar práctica. Después de la mudanza, se convierte en una fuente de trabajo adicional.

Una caja etiquetada como «cocina» puede contener platos, especias, documentación de electrodomésticos, pilas, unas cuantas velas y un alargador. Todo porque, mientras se preparaba la mudanza, esos objetos estaban cerca unos de otros o simplemente quedaba espacio libre en el embalaje. Por tanto, la inscripción de la caja solo proporciona información parcial. No garantiza que su contenido constituya un grupo lógico y coherente.

Es importante comprender la diferencia entre el lugar donde estaba un objeto cuando lo embalaste y el lugar donde debería guardarse. Son dos formas de organización completamente distintas. La primera describe la historia del

objeto; la segunda debe facilitar tu vida futura. Si intentas reproducir sistemáticamente la distribución anterior, puedes trasladar a la nueva vivienda también sus soluciones poco prácticas. Un cajón que estaba abarrotado en el piso anterior no se volverá mágicamente más espacioso por el simple hecho de haber cambiado de dirección.

Por eso, después de abrir una caja, no intentes colocar automáticamente cada cosa donde crees que estaba antes. Primero comprueba para qué sirve y con qué frecuencia la utilizas. Solo entonces decide dónde debería estar en la nueva vivienda. Esto es especialmente importante cuando la distribución de las habitaciones ha cambiado. Los objetos que se utilizan juntos deberían poder guardarse cerca unos de otros, mientras que las cosas de uso diario deberían permanecer fácilmente accesibles.

Imagina que en tu vivienda anterior todos los productos de limpieza estaban guardados en un mismo armario. En la nueva distribución, ese armario ya está ocupado, pero hay un hueco libre en el recibidor. En lugar de intentar reproducir a la fuerza el sistema antiguo, puedes crear una organización nueva y más cómoda. Una mudanza ofrece la oportunidad de comprobar si las soluciones anteriores eran realmente buenas. No existe ninguna obligación de reproducir todas las costumbres domésticas solo porque hayan sobrevivido durante varios años.

Abrir demasiadas cajas al mismo tiempo

Otro error frecuente consiste en empezar a trabajar simultáneamente con varias cajas. Parece razonable, sobre todo cuando quieres comprobar rápidamente dónde se encuentran determinados objetos. Abres una caja de la cocina, después otra del salón y, a continuación, una del dormitorio porque recuerdas que necesitas un cargador. Al

cabo de un rato tienes varios embalajes abiertos y alrededor de ellos se acumulan objetos que todavía no tienen un lugar asignado.

Esta forma de trabajar aumenta el número de cosas que requieren tu atención. Cada caja abierta es una tarea inacabada. Tienes que recordar qué queda dentro, qué has sacado ya y cuáles son los objetos que todavía necesitan una decisión. Si interrumpes el trabajo para preparar la comida o atender una llamada, regresarás a una vivienda llena de procesos a medio terminar. Precisamente estos procesos generan una sensación de caos, incluso cuando antes has conseguido realizar bastantes tareas útiles.

Funciona mucho mejor limitar el número de cajas abiertas simultáneamente. Escoge una, comprueba su contenido, clasifica los objetos y lleva el trabajo hasta un punto de parada razonable. Esto no significa que absolutamente todo tenga que acabar inmediatamente en su lugar definitivo. Significa que sabes qué has hecho con el contenido y qué cosas siguen pendientes de una decisión.

Si la caja contiene objetos destinados a diferentes habitaciones, prepara un espacio para los que tendrás que trasladar más adelante. No lleves cada objeto inmediatamente de un extremo a otro de la vivienda. Por ejemplo, puedes reservar una pequeña caja o una cesta para las pertenencias que corresponden a otras estancias. Lo importante es no convertir ese espacio en otro almacén indefinido. Debe servir exclusivamente para reunir los objetos que encuentres durante el trabajo actual, no para guardar todo aquello sobre lo que no te apetece decidir en ese momento.

También conviene distinguir entre dejar algo apartado durante unos minutos y posponerlo para más adelante sin

establecer ningún plazo. Si durante el desembalaje encuentras un objeto que debería ir al salón, puedes colocarlo en el recipiente destinado a esa habitación. Así sabes dónde encontrarlo y cuándo volver a ocuparte de él. Si simplemente lo dejas sobre la primera superficie libre, es bastante probable que dentro de unos días vuelvas a preguntarte de dónde ha salido.

La trampa de los lugares provisionales

En una vivienda nueva, casi cualquier superficie libre parece un lugar perfecto para dejar algo temporalmente. La mesa, la cómoda, la encimera de la cocina, una silla o el alféizar de una ventana pueden convertirse en un almacén provisional. Al principio, parece una solución práctica. No necesitas decidir inmediatamente qué hacer con cada objeto y, además, las cosas permanecen a mano.

El problema aparece cuando los lugares provisionales empiezan a multiplicarse. Sobre la mesa terminan los objetos sacados de las cajas, en la cómoda aparecen las cosas extraídas de las bolsas y en la silla se acumula la ropa que supuestamente debía guardarse en el armario. En determinado momento ya no queda ninguna superficie libre donde puedas trabajar cómodamente. Para ordenar un solo objeto, primero tienes que mover otros cinco.

Este fenómeno tiene una característica especialmente desagradable: se alimenta a sí mismo. Cuando no queda espacio donde dejar las cosas, empiezas a utilizar nuevas superficies. Cuantas más ocupas, más difícil resulta encontrar un lugar para los objetos que realmente necesitan atención. Al final, incluso preparar una comida corriente puede exigir una pequeña operación logística.

Por eso conviene establecer desde el principio un número limitado de lugares provisionales. No se trata de prohibirte dejar objetos temporalmente, sino de saber dónde pueden ir las cosas que todavía esperan una decisión. Un lugar para los objetos de otras habitaciones, otro para los que requieren pensarlo un poco más y, si es necesario, uno para las pertenencias destinadas a regalar, donar o vender. No tienen que ser espacios grandes, pero sí deben tener límites claros.

Si el lugar reservado para los objetos pendientes empieza a llenarse demasiado, interprétalo como una señal de que necesitas tomar algunas decisiones. No añadas otra bolsa al lado. Comprueba qué hay allí y resuelve los asuntos que ya puedes cerrar. Así evitarás que la organización provisional se convierta en un elemento permanente de la vivienda.

Presta especial atención a las superficies que cumplen una función importante. La mesa debe permitirte comer, la encimera de la cocina debe servir para preparar alimentos y la cama debe utilizarse para descansar. No merece la pena convertirlas en los principales espacios de clasificación, porque así te privas de la posibilidad de utilizar la vivienda con normalidad. Si necesitas una superficie de trabajo, resérvala conscientemente y, cuando termines, devuélvela a su función básica.

El cansancio de tomar decisiones es tan real como el cansancio físico

Desembalar exige tomar muchísimas decisiones pequeñas. ¿Conservamos este objeto? ¿Dónde lo guardamos? ¿Lo necesitamos todos los días? ¿Encaja en la nueva vivienda? ¿Pertenece a otra persona? ¿Podemos regalarlo? Cada pregunta parece sencilla, pero su cantidad aumenta rápidamente.

Después de varias horas, puedes sentir ganas de conservarlo todo, tirarlo todo o cerrar la caja y fingir que nunca la has visto. Las tres soluciones pueden parecer atractivas dependiendo del grado de cansancio. Por desgracia, ninguna constituye un sistema especialmente bueno para tomar decisiones.

Por eso conviene separar las decisiones necesarias de aquellas que pueden esperar. No tienes que resolver el destino de cada objeto en el primer momento en que te encuentras con él. Si sabes que algo es necesario y tiene un lugar evidente, guárdalo allí. Si es innecesario y no tienes dudas, destínalo a regalar, vender o desechar según su estado y las posibilidades de reutilización. Pero si no estás seguro de que vaya a resultarte útil, no detengas todo el trabajo durante media hora de deliberaciones.

Una buena solución consiste en crear una categoría limitada de objetos que requieren reflexión. Puede ser una sola caja o una estantería reservada para ellos. Sin embargo, cada objeto debe tener una razón concreta para estar allí. No basta con decir que no sabes qué hacer con él. Pregúntate qué información necesitas para decidir. Quizá tengas que comprobar si un aparato funciona, hablar con otro habitante de la vivienda o averiguar si habrá un lugar adecuado para guardarlo en el nuevo espacio.

Para tomar decisiones pueden ayudarte tres preguntas:

- ¿He utilizado este objeto recientemente o tengo una razón concreta para utilizarlo en el futuro?
- ¿Dispongo de un lugar adecuado para guardarlo sin que dificulte el funcionamiento cotidiano de la vivienda?
- ¿El coste de conservarlo está justificado por el valor real que aporta?

No se trata de tirar mecánicamente todo aquello que no has utilizado durante varios meses. Algunos objetos son necesarios en determinadas estaciones, ocasiones o circunstancias especiales. Lo importante es distinguir entre conservar algo conscientemente y mantenerlo únicamente porque resulta difícil tomar una decisión. El simple hecho de haber transportado un objeto por toda la ciudad no significa que se haya ganado un lugar permanente en tu nueva vivienda. El coste de la mudanza ya está asumido. No necesitas recompensarlo conservando durante años cosas que no sirven para nada.

El perfeccionismo que retrasa la vida cotidiana

Algunas personas se quedan bloqueadas durante el desembalaje porque quieren crear inmediatamente un sistema perfecto. Cada cajón debe tener un contenido determinado, todos los objetos tienen que estar agrupados y el equipamiento debe distribuirse de manera organizada y estética. Son objetivos razonables, pero alcanzarlos requiere tiempo. Si condicionas la posibilidad de utilizar tu vivienda a conseguir un resultado perfecto, pasarás mucho tiempo viviendo en un espacio provisional.

Por ejemplo, quizá no desembales la vajilla porque todavía no has decidido en qué armario vas a guardarla. Mientras tanto, el armario adecuado puede estar ocupado por otros objetos cuya ubicación tampoco está resuelta. En lugar de sacar los platos y recuperar la posibilidad de comer con normalidad, esperas a solucionar todo el rompecabezas organizativo.

En estas situaciones conviene aplicar el principio de funcionalidad antes que optimización. Primero encuentra un lugar razonable que te permita utilizar el objeto. Más adelante, cuando la vivienda empiece a funcionar, podrás